

Un testimonio á cada marinero.
Salta en tierra, y, mudando y remudando
De corceles y guías,

A Rimini en la tarde atras dejando,
Por Monteflor prosigue su camino,
Y, casi con el sol, entra en Urbino.

En esta villa entónces no existia
Un Federico, una Isabel, un Guido,
Ni un Francisco María,
Ni una Leonor que con cortes violencia
Indujese á un guerrero de tal fama
A prolongar allí su residencia,
Cual, desde largos años, se hace hoy día
Con todo caballero y toda dama.

No hallando á quien sus riendas encomiende,
De su corcel el héroe no desciende,
Y por la recta via
Su camino hácia Cagli en breve emprende;
Deja á su izquierda el Apenino, y toma
Por el monte do corren
El Ganno ó el Metauro. Por la Umbria
Y Etruria baja á Roma.
Entra en Ostia, y dejando estos países,
Se embarca para aquellos á los cuales
Los despojos mortales
Eneas confió del padre Anquises.

Cambiando de bajel, parte en seguida
Hácia la islilla Lampedusa, en donde
Debia ser reñida

La lid, que fué tan favorable al conde.
Con velas y con remos, cuanto pueda
Hacer Reinaldo al equipaje manda;
Mas, recio el viento por la opuesta banda
Sopla, y su anhelo realizar le veda.

A punto llega el héroe en que el de Anglante,
Cubierto de laureles y de gloria,
Muertos deja á Gradaso y á Agramante,
Sintiendo empero su fatal victoria.

Brandimarte murió; punzante y vivo
Dolor aflige al gran marques de Viena,
Que, magullado el pié por el estribo,
Tendido yace inmóvil en la arena.

Las lágrimas apena
Atajar puede el generoso Orlando,
Cuando, entre abrazos, el de Amon refiere
De su fiel Brandimarte el caso infando.
No ménos que al de Anger, duele y aflige
Al primo este espectáculo sangriento;
Y de allí separándose al momento,
Hácia el marques de Viena se dirige.

Sentado en tierra encuéntralo, y lo anima
Por cuantos medios puede hallar, no obstante
Su propio desconsuelo, semejante
Al de aquel que á sentarse á mesa opima
Viene, y postres ó nada encuentra encima.

De Agramante y Gradaso con los huesos
A la ciudad los siervos se marcharon,
Y en sus ruinas no bien los sepultaron,
Fuéronse á divulgar tales sucesos.

Del triunfo de Roldan grande alegría
Sansoneto y Astolfo experimentan;
Bien que la suerte impia
Del caro jóven en el alma sientan.

¿Quién habrá que aceptar de tan amargo
Mensaje á Flordelis ose el encargo?

La noche precursora de aquel día
Soñó la dama que la cota bella
Que, por mandarla á Brandimarte, habia
Enriquecido con adornos ella,
Salpicada de gotas contemplaba,
Gruesas cual las de nube de verano.
En su extraña vision se figuraba
Que ella así la manchó con propia mano,
Y exclamaba: — « ¿Porqué, pues él me dijo
« Que toda negra yo se la bordara,
« Mal de su grado, otro color elijo? » —

Fatal revelacion que en confirmarse
 Algunas horas solamente tarda.
 De Sansoneto la venida Astolfo,
 Para anunciarla á Flordelis, aguarda.

Esta, no bien los ve llegar, advierte
 Que algo del triunfo el entusiasmo altera,
 Y ántes que una palabra se profiera
 Sabe cual de su amado fué la suerte.
 A tan terrible anuncio, palpitante
 De desesperacion y de congoja,
 Sobre la tierra, exánime, se arroja.
 Y al retornar en sí, del tierno amante
 El caro nombre repitiendo en vano,
 Con despiadada mano
 Hace á su faz y á su cabello injuria,
 Y grita como Ménade ó cual Furia
 Que en torno suyo, inquieta,
 Se agita al son de la infernal trompeta.

En su furor, ora buscando corre
 Un puñal, que de penas la liberte,
 Ora á la playa corre
 A do, con los despojos de la muerte,
 Los dos féretros regios han llegado,
 Y en ellos, pues en vida no lo alcanza,
 Saciar quiere su enojo y su venganza.
 Ora embarcarse piensa, y de su amado
 Partir en pos y perecer al lado.

« ¡Ah! ¿cómo pude á tal empresa, » exclama,
 « Tus pasos no seguir, oh Brandimarte,
 « Cuando sabes que siempre de tu dama
 « Fué la mayor ventura acompañarte?
 « Fija mi vista en tí, tal vez su llama
 « A redoblar tu esfuerzo fuera parte,
 « Y al verte amenazado por Gradaso,
 « Yo con un grito te amparara acaso.
 « O bien, audaz lanzándome y lijera
 « Entre los dos, el golpe yo parara;
 « De escudo mi cabeza te sirviera,

« Y la vida tal vez te conservara.
 « Que yo de un modo ú otro modo muera
 « Es mal que fácilmente se repara,
 « Y á lo ménos muriendo en tu defensa,
 « Hallara yo en el mal mi recompensa.
 « Si inexorable á mi deseo el hado,
 « Y á tu existencia se mostrara adverso,
 « Mis lágrimas, mis besos, animado
 « Hubieran de tu faz el marfil terso,
 « Y ántes que tu alma el vuelo hubiera alzado
 « Hácia aquel que gobierna el universo,
 « Yo dijera: — Vé en paz y allí me aguarda,
 « Que á Flordelis la muerte no acobarda. —
 « ¿Es este el trono, di, que tantas veces
 « Conmigo dividir me prometias?
 « Esta es toda la dicha que me ofreces;
 « ¡Y hacerme reina en Damogir debias!
 « ¡Oh fortuna cruel, cuál desvaneces
 « Las ilusorias esperanzas mias!
 « Y pues nada amo ya, pues nada espero,
 « Pues todo lo perdí, ¿porqué no muero? » —
 Diciendo así, de nuevo el juicio pierde,
 El rostro se maltrata, y, cual si de ello
 Culpa tuviera, arráncase el cabello.
 Las manos, llena de furor, se muerde,
 Y el seno con las uñas se destroza;
 Mas en tanto que gime y que solloza
 Ella de rabia y de dolor, yo quiero
 Retornar al de Anger, que acompañado
 Del marques (cuyo estado
 Necesita de un médico el-esmero),
 Dar sin tardar procura
 A Brandimarte digna sepultura.

Con este fin dirígese hácia el monte
 Que ya á la oscura noche presta lumbre,
 Ya á mediodia empaña el horizonte
 Con el humo que exhala de su cumbre.
 Fresco es el viento y próspero: no léjos,

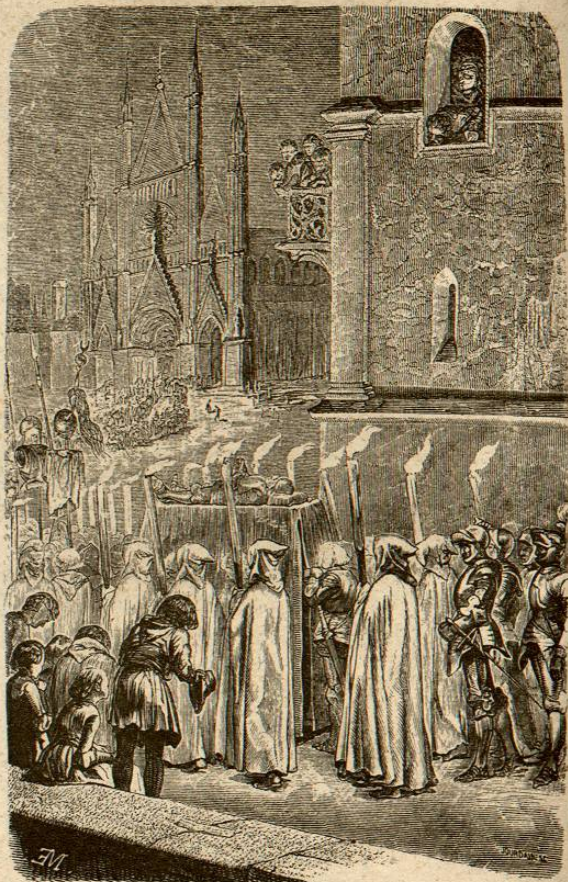
En la cima del monte, á mano diestra,
Viendo del sol los últimos reflejos,
Alzan el ancla, y, la directa vía
Siguiendo que les muestra
La clara faz de la nocturna diosa,
Llegan al otro día

Al bello suelo de Agrigento posa.

Para la tarde del siguiente manda
Orlando disponer cuanto conviene
Al fúnebre espectáculo solene,
Y así que ve sus órdenes cumplidas,
Al sol desaparecer, y reunidas
Las mas nobles familias de Agrigento,
Que, acudiendo con hachas encendidas,
Exhalan por la playa alto lamento,
Al féretro se acerca donde abrigo
Halla el cadáver de su caro amigo.
Al lado suyo el misero Bardino,
Pálido y triste, llora, y lloró tanto,
Que como sin fundirse en este llanto
Sus párpados resisten no adivino.
Rugiendo cual leon calenturiento,
Injusto al cielo, bárbaro al destino,
Llama á gritos, y en su ímpetu maltrata
Su cabello de plata

Y su lívida faz. Nuevo lamento,
Nuevo clamor mas alto se levanta
Cuando en silencio Orlando se adelanta
Hacia el féretro, pálido, abatido,
Cual flor que de segur el rudo golpe
Algunas horas ántes ha sentido,
Y, sin quitar del jóven infelice
La vista, así, vertiendo llanto, dice:

« ¡Oh fuerte, oh caro, oh fiel amigo mio!
« Que la tierra has dejado por el cielo,
« Donde calor no has de sentir ni frio,
« Excúsame, si así me desconsuelo
« No de que tú no estés aquí conmigo,



Exequias de Brandimarte. (T. II, p. 435.)

« Si de que estar no puedo allá contigo.
 « Solo, sin tí, no queda ya en la tierra
 « Para mí, ni consuelo, ni esperanza.
 « Contigo en las tormentas y en la guerra
 « Viví, ¿porqué no vivo en la bonanza?
 « ¡Tantas mis culpas son, que no hallo modo
 « De desprenderme del terrestre lodo!
 « Tuya, tuya tan solo es la ganancia;
 « Mio el dolor, y no tan solo mio,
 « Mas del pueblo de Italia, del de Francia,
 « Del alemán, de mi señor y tío,
 « Y de la santa Sede, que el amparo
 « En tí perdió de un defensor preclaro.
 « ¡Oh cuál desde hoy la alárabe cohorte
 « Va á recobrar el extinguido aliento!
 « Mientras oigo á tu misera consorte,
 « Que con airado y compungido acento,
 « Con un rencor eterno me conmina,
 « Y me reprocha que causé tu ruina.
 « Mas un consuelo, oh Flordelis, advierto,
 « De envidia mas que de dolor motivo.
 « Ni los Decios, ni aquel de Roma muerto
 « En pleno foro, ni del bando Argivo
 « El celebrado Codro, tanta gloria
 « Unieron nunca á accion tan meritoria. »
 A la vista de Orlando
 Iban en este tiempo desfilando
 Monjes vestidos de color distinto,
 Y clérigos, orando
 Porque del muerto al ánima reciba
 El Señor en su espléndido recinto.
 Las hachas de la inmensa comitiva
 Lumbre, cual la del sol, esparcen viva.
 Condes y caballeros
 Nombrados son alternativamente
 Para llevar el féretro, engastado
 De perlas sobre fúlgido brocado.
 Bello trabajo y rica pedrería

Realzaba tambien los almohadones,
Encima de los cuales extendido
Con gran lujo se via
El cadáver, de púrpura vestido.

Delante á los demas marchan trescientos
De los mas pobres que aquel suelo encierra,
Todos con enlutados ornamentos,
Y tan largos, que llegan hasta tierra;
Tras ellos van cien pajes á caballo,
Y caballos y pajes van el suelo
Barriendo con sus simbolos de duelo.
Del féretro detras van y delante
Muchas banderas de dibujos varios,
A miles de contrarios
Por el jóven hoy muerto arrebatadas,
Y al romano Pontífice legadas,
Y escudos, donde brillan de sus dueños,
Por él vencidos, nombres y diseños.

Cien personas y cien, que varias tienen
En esta ceremonia atribuciones,
En negras capas embozadas, vienen,
Cual los demas, con fúlgidos blandones.
Llega Orlando despues, de pena rojos
Tendiendo en derredor sus mustios ojos;
Tambien pálido siguele el caudillo
De Montalban. Solo al marques detiene
La fractura que se hizo en el tobillo.

Prolijo fuera enumerar en verso
De aquella ceremonia los detalles,
Y los capuces de color diverso,
Y los cirios que brillan por las calles.

Yendo á la catedral, do quier que pasa
El féretro, con lágrimas arrasa
Los ojos de las gentes que lo miran,
A quienes duelo y compasion inspiran
Del jóven infeliz las altas dotes.

Y luego que en el templo estéril lloro
Vierte sobre él de virgenes el coro,

Y que los sacerdotes
Cantan en torno á sus cenizas frias
De la muerte las largas letanias,
Orlando manda sobre dos columnas
Que el féretro coloquen, y hasta tanto
Que tumba digna de él se le construya,
Tiende sobre él un recamado manto.

Para poner por obra estos proyectos,
Manda que de ellos hagan un dibujo;
Mármoles busca y pórfidos de lujo,
Y junta á los mas doctos arquitectos.

Los mares Flordelis atravesando
Viene mas tarde á reemplazar á Orlando,
Y á alzar allí pilastras y cornisas.
Mas, viendo que ni lágrimas ni misas
Pueden poner fin á su quebranto,
No salir de aquel sitio se propone
Hasta que al cuerpo su ánima abandone:
Y una celda construye, decidida
A allí pasar el resto de su vida.

Roldan, por oponerse á estos deseos,
Despacha en vano cartas y correos,
Y á Flordelis él mismo se presenta,
Y le dice que en Francia pingüe renta
Podrá gozar de Galerana al lado.
Si al de su padre retornar desea,
Él hasta Liza acompañarla ofrece
Y alzarle un monasterio, si en su idea
De renunciar al mundo permanece.
Mas mientras en oracion y penitencia
Ella vela el sepulcro á todas horas,
A dar fin á esta misera existencia
Se apresuran las Parcas destructoras.

A dejar entretanto decididos
Esta que fué de Ciclopes estancia,
Los tres héroes de Francia
Descontentos se muestran y afligidos
De que detras el cuarto se les quede.

Sin médico no puede
 Oliveros partir, pues descuidada
 Su enfermedad en el primer periodo,
 Se exacerba de modo,
 Y gritar le hace á todas horas tanto,
 Que á sus dos compañeros causa espanto.

Hablando de esto, una feliz idea,
 Que aplauden todos, al patron le ocurre.
 « De allí, » dice, « no léjos
 « Vive sobre una roca un ermitaño,
 « A quien en vano nunca se recurre
 « Ya amparo se le pida, ya consejos. »
 De gran poder dotado el cenobita,
 Da vista al ciego, al muerto resucita;
 Signándose, las alas corta al viento,
 Y del mar doma el impetu violento.

Y pues tanto palpable y evidente
 Prodigio obró ya este hombre, á Dios tan caro,
 No hay duda que su amparo
 Cure la angustia que Oliveros siente.

Alegre con tal nueva, manda Orlando
 Dirigirse hácia allí sin mas demora,
 Y línea siempre recta caminando,
 Ven el peñon al despuntar la aurora.
 Hácia él con gran prudencia y lentamente
 Se aproximan los cautos marineros,
 Que, ayudados por toda aquella gente,
 En el bote colocan á Oliveros,
 Y por medio la mar alborotada
 Le llevan hasta el pié de la morada
 Del santo anacoreta, que es el mismo
 Que á Roger con su mano dió bautismo.

Con gran contento en su mansion felice
 Él á Roldan y á sus secuaces junta,
 Con gesto afable á todos los bendice,
 Y á cada cual pregunta
 (Bien que ya por un ángel lo sabia)
 La causa que hácia allí sus pasos guia.

« Vuestro favor, » dice Roldan, « pretendo
 « Implorar en favor de mi cuñado,
 « Que por la fe de Cristo combatiendo,
 « Salió de la batalla malparado. »

Tranquilizale el santo anacoreta,
 Y ofrécele que sano
 Verá pronto á Oliveros; mas á mano
 Bálsamo no teniendo, ni receta,
 Al templo por orar va sin tardanza,
 Y torna á poco lleno de esperanza.

En el nombre del Padre, en el del Hijo,
 Y en el del santo Espiritu, bendijo
 Luego al marques, y ;oh singular portento
 Que Cristo en pro de sus adictos obra!
 Disipado el dolor, en el momento
 Su antigua agilidad el pié recobra.

No bien el rey Sobrino,
 Que á refugiarse á aquellos sitios vino
 Despues de la batalla, y que sentia
 Su llaga exacerbarse cada dia,
 Este prodigio ha visto,
 A Mahoma reniega,
 Y, arrepentido, de la fe de Cristo
 Que le revelen los misterios ruega.

El santo anciano, al bautizarle, reza,
 Y le vuelve su antigua fortaleza.

No ménos que de ver sano á Oliveros,
 De aquesta conversion se regocijan
 El conde Orlando y los demas guerreros;
 Mas ninguno sintió tanta alegría
 Como Roger, que en este escollo inculto
 Llegando á nado, habia
 Abrazado por fin de Dios el culto.

En medio de ellos el devoto anciano
 A conservarse puros los exhorta,
 Al traspasar el fétido pantano
 Que llaman vida; diceles que corta
 Solo al malo parece, pues al justo

Gozar la eterna es lo que mas importa.

Orlando á un escudero hasta la nave
Manda por un pernil, pan, vino y queso.
Avezado á las frutas, ni recuerdo
Guarda el viejo de á qué la carne sabe;

Mas por no disgustarlos, la de cerdo
Prueba cual los demas, bebe del vino,
Y sentado con ellos á la mesa
Empieza á hablar, así que el hambre cesa.

Hablando de una y otra cosa, vienen
Orlando y Oliveros

A conocer que ante su vista tienen
A Roger, flor de andantes caballeros.
Tampoco al pronto conocerlo nuestra
Reinaldo, bien que antaño
Midió con él su acero en la palestra.

Solo Sobrino en conocer no tarda
Al héroe que acompaña al ermitaño;
Mas por temor de indiscrecion, se guarda
De descubrirlo á los demas. Oyendo
Estos que aquel es el guerrero mismo,
Cuyo ánimo estupendo
Mil pruebas dió de esfuerzo y de heroismo,
Y sabiendo ademas que del anciano
Recibió ya las ondas del bautismo,
Cual le coge la mano,
Cual ósculos le da, cual en sus brazos,
Lleno de amor, le estrecha en fuertes lazos.

Reinaldo, mas que todos expresivo,
Pruebas le da del júbilo que siente.
En el canto siguiente
De este entusiasmo explicaré el motivo.

CANTO XLIV.

Reinaldo promete á Roger la mano de Bradamante. — Llegada de Astolfo á Francia, despues de haber despedido las tropas de Nubia. — Entrada de Reinaldo, Oliveros, Roger y Astolfo en Paris. — Niégase el duque Amon y Beatriz á acceder al enlace de Bradamante y Roger. — Parte este guerrero con deseos de dar muerte á Leon. — Dispersion de las tropas griegas y victoria de los Búlgaros.

El hombre á quien el corazon destroza
Grave desgracia, compasivo pecho
Halla, acaso, mas bien de oscura choza
Bajo el humilde techo,
Que en las cortes y alcázares suntuosos,
Do caridad no existe, do mentira
Son hasta los impulsos generosos.

De esta verdad testigos
Los pactos son de papas, potentados
Y reyes, hoy al parecer amigos,
Y mañana enemigos declarados;
Porque sus labios casi siempre expresan
Sentimiento contrario al que profesan;
Y porque, solo atentos al provecho,
Olvidan la justicia y el derecho.

Incapaces de afectos (pues no existe
Esta ventura en donde,
Ya en asuntos de monta, ya por chiste,
Continuamente la verdad se esconde),
Si por el lazo de comun desgracia
Se ven unidos en region remota,
De la amistad, á su alma ántes ignota,
Sienten la salutifera eficacia.

A deponer todo odio el cenobita
A sus ilustres huéspedes invita.
Y, hallando en cada cual un alma pura,
Comparable del cisne á la blancura,